

SÍMALE
CUMPLE 70



Símale cumple 70

© Silvia Plager, 2024

Derechos exclusivos mundiales de edición para todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de Diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Ingrid Müller

Diseño de interior: Estudio Olifant

1ª edición: febrero de 2024

ISBN 978-950-02-1477-3

Impreso en Arcángel Maggio,

Lafayette 1695, ciudad de Buenos Aires,

en abril de 2024.

Tirada: 3.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Plager, Silvia

Símale cumple 70 / Silvia Plager. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

El Ateneo, 2024.

256 p. ; 16 x 22 cm.

ISBN 978-950-02-1477-3

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. 3. Novelas. I. Título.

CDD A863

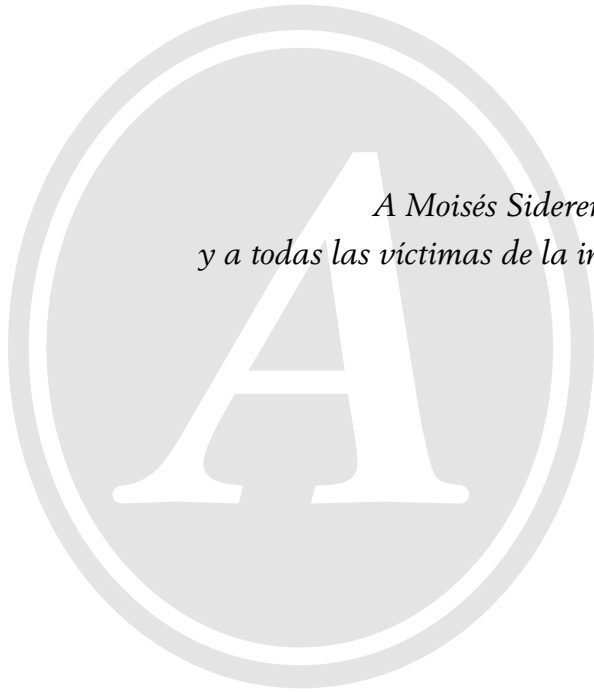
SILVIA PLAGER



SÍMALE
CUMPLE 70

Nunca es tarde
para saber

 *Editorial El Ateneo*



*A Moisés Siderer, mi padre,
y a todas las víctimas de la inseguridad.*



“Entonces se impone el realismo de la irrealidad”.

GASTÓN BACHELARD, *El aire y los sueños*

—Siento una corriente de aire.

—¡Oh! —La mujer miró a su alrededor—.

No debería haber ninguna.

—¿Tenemos un fantasma entre nosotros?”.

YASUNARI KAWABATA, *La casa de las bellas durmientes*

“Leer es escuchar música hecha palabras.

Es cercanía y extrañeza. Es a veces hablar con los muertos para sentirnos más vivos”.

IRENE VALLEJO, *El infinito en un junco*



El día que cumplí setenta años, mi padre resucitó. No imaginen túnicas ni auras ni luminosidad repentina ni voces de asombro ni gente arrodillándose ni ninguna escena bíblica.

En la cama había planificado, antes de poner el pie derecho en el piso, que no me miraría en el espejo con fastidio ni haría las obvias reflexiones acerca de las mutaciones del tiempo con sus gasas descoloridas.

Mi marido, después de despertarme con besos y un gran ramo de flores que le pedí que pusiera en agua hasta que me despabilara lo suficiente como para buscar un florero adecuado, salió a cargar nafta en vez de hacerlo cuando está al volante, yendo y viniendo en el coche. Es normal que le critique esa manía, pero, como él fue tan cariñoso conmigo, lo dejé ir sin ningún comentario, toda una concesión, dada mi usual irritabilidad matutina.

Estaba cepillándome los dientes con empecinado agradecimiento por la fidelidad de mi dentadura cuando oí decir:

—Feliz cumpleaños, hija.

“Sufro de alucinaciones auditivas”, me dije con espanto y quise convencerme de que todavía estaba metida en un sueño y lo del beso y las flores era otro acontecimiento onírico, sumado a la reciente voz de mi padre que parecía provenir desde lo alto de un pozo en el que yo acababa de caer y que unía en su deformado sonido la angustia y la esperanza.

Hay que desdramatizar, acostumbran decir los gurús existenciales, y aconsejan usar el sentido común, el instinto, las buenas ondas y todo aquello que no sirve de nada cuando estamos mal y en especial cuando las palabras suenan a última moda y nos sentimos antiguallas. Entonces, decidí comprobar si transitaba un mundo paralelo o si el impacto de entrar en la década temida me había sumergido en una bañera de senilidad de la que saldría solo con la evidencia de objetos tangibles.

Embutidos en una jarra de vidrio en la que suelo preparar limonada estaban los nardos y las rosas, tan faltos de aire como yo. Los toqué con el recelo de quien aproxima su mano a una herida infectada y los olí, aunque ya el sentido olfativo los había anunciado antes de trasponer el umbral de la cocina.

Busqué otro indicio real: la puerta del departamento estaba cerrada y mi marido se había llevado su juego de llaves.

Corroboré que mi llavero siguiera colgado en el gancho de la lechuza artesanal, regalo de una amiga después de un accidente que tuve y por poco me deja coja. No soy supersticiosa, pero el mal de ojo figura en la Biblia y si está ahí será por

experiencia de alguien ojeado. De nuevo sospeché de algún maleficio y reitero que no está en mi esencia, pero sí en la de mi hermana Perla, que vive lejos y suele alertarme de fuerzas ocultas provocadas por la envidia. Y me vino a la mente que en la Edad Media, y aun en siglos posteriores, consideraban bruja a la mujer que sobrepasaba el promedio de expectativa de vida de aquella época. Y agradecí estar en el siglo XXI por esa y otras razones que iré contando, ya que los fuegos siguen ardiendo aunque te crean hecha ceniza.

A pesar de mis temores acerca del deterioro mental y físico, me había propuesto transcurrir la jornada con optimismo. “Por suerte, la literatura suele ofrecerme una vía para manifestar mi parte oscura sin estropearle la cotidianidad a nadie”, pensé sin pensarlo sinceramente, que es el modo en que se suele pensar para mantener alto el buen humor.

Me serví agua, me apoyé en la mesada y lo que había sobrado en el vaso se lo agregué a la jarra: ¡pobrecitas mis flores y pobrecita yo, que estrenaba década y Alzheimer!

Con pasos de bailarina ebria que intenta disimular su estado ante un público invisible, regresé al baño para finalizar mi higiene con una ducha caliente. Las cervicales, zona en la que acumulo tensiones, agravadas por las malas posturas relativas a mi trabajo en la computadora, provocan mareos y náuseas y podrían haber causado zumbidos que mis oídos hubieran transformado en una voz que había dejado de sonar hacía muchos años.

Sentado sobre la tapa del inodoro –¿la había bajado él o yo?–, las largas piernas cruzadas, el torso erguido, como posando ante el fotógrafo de una revista de vanidades, Moisés Siderer.

¿Y si fuera el retazo extraviado de una película en la que desde una nave espacial seleccionan a ancianos para conducirlos a un planeta en el que no existe la muerte? Con mis recientes setenta no me iba a dar por aludida, tenía toda la vejez por delante.

Él, tan atildado y cinematográfico como yo lo recordaba a sus cincuenta, a pesar de haber sido asesinado por ladrones a los ochenta. Me froté la cara como si la estuviera lavando de una sustancia pegajosa, mientras le rogaba a mi madre que me protegiera –a una muerta le debería resultar menos complicado conectarse con otro muerto y más si ambos son responsables de haberte traído al mundo, pensé imbuida de un misticismo falso– y les pedí a ambos disculpas por hechos de los que debería arrepentirme, pero que en mi desasosiego se agolpaban confundiendo con momentos áridos de mi niñez y mi adolescencia, seguramente fruto de mi inexperto razonar juvenil, que me había llevado a juzgarlos sin la perspectiva de quien también ha cometido errores con hijos propios y ajenos.

Quizás pasaron siglos hasta que lo escuché decir:

—¿Todavía estás enojada conmigo? ¿No vas a darme un beso?

En mi memoria giraban, como borboteando en el caldo de una olla gigantesca, caras familiares: identifiqué a varios tíos y primos. Y hasta me asaltó la visión de mis abuelos paternos, cuya foto en sepia fue replicada para que sus nietos no olvidáramos que habían sido masacrados por los nazis. Y que nosotros nacimos para recordarlo.

Con los ojos exageradamente abiertos me dispuse a posar mis labios en su frente angosta, similar a la mía, copiando el

gesto del adulto que desea saber si el niño enfermo continúa con fiebre. ¿No olía a nada porque cumplía con su mandato fantasmal o por el exceso de perfume ambiental que yo desparramaba por toda la casa hasta provocarle estornudos a mi marido?

Fue entonces cuando me asaltó esta idea: “Si él está vivo, yo estoy muerta”.

—Símale —volví a escuchar. Nadie desde mi orfandad me llamaba así—, a partir de hoy vas a comprender.

Me alegré de estar en bata, tal vez él me recordaba jovencita y lo decepcionase mi imagen actual en camisón, reflexión de semivigilia en la que se mezclan estupideces y miedos.

Papá tomó mis manos, contempló los dorsos y las palmas con una sonrisa, y dijo:

—Tenemos las mismas líneas, las mismas venas, las mismas uñas..., aunque a vos no te ahorcaron con tu propio cinturón y superarás la edad de tus padres y tíos...

Tragué saliva y me aparté. ¿Una visión que actuaba de vidente? Era propio de una comedia de Woody Allen y no del drama en el que me había metido Raúl por haber ido a cargar nafta. Un hombre sensato como él habría convencido a su fallecido suegro, y a mí, de que solo existe lo que vemos y tocamos.

De no haber estado en el velorio de mi padre y haber leído después, en la sección de policiales de *La Gaceta* de Tucumán: “Homicidio del joyero” y un pretencioso subtítulo en francés: “*Cherchez la femme*”, me habría dicho que era Moisés Siderer en carne y hueso.

¿Papá se habría tomado el trabajo de resucitar para todos? Esa posibilidad me fastidió. No tuve la chance de ser hija única por cinco años, como Diana, mi afortunada hermana mayor a la que le sacaron varias fotos. Al llegar una tras otra, Perla y Rosa solo perpetuaron mi imagen en instantáneas grupales en Mar de Plata, plazas y festejos familiares, hasta arribar a mis patéticos quince y a Photomaton, un estudio fotográfico de nombre tan espantoso como mis tres cuartos de perfil con peinado acartonado.

Las anécdotas son telarañas que terminan convenciéndote de que fuiste partícipe de acontecimientos que nunca sucedieron o sucedieron de modo diferente. Y quizás la juventud, a mis impertinentes setenta, se deshacía igual que vainilla olvidada en el vaso de leche de La Martona, derroche de azulejos blancos y banquetas demasiado altas.

Las implacables luces del baño enfocaban a don Moisés o a don Mario, como se hacía llamar en sus largas ausencias como alcahuetas de camerino teatral. Creí leer en su cara todos los avatares de comerciante siempre de viaje, pero no los de la hija de viajante.

—Papá, ¿sos vos?

—¿Quién si no, nena tonta?

—¿Nena?

—Gran cosa, setenta años. —Largó una carcajada burlona y se encogió de hombros.

Iba a protestar o a preguntarle si me veía tal como era en la actualidad o desde un ayer lejano sin razonar que, si él captaba la vida que es y la que ya no es en simultáneo, vivos y muertos somos una misma cosa.